

# Tempranos esfuerzos por construir una historia de las Américas

Ricardo D. Salvatore  
Universidad Torcuato Di Tella

El programa de historia continental o hemisférica, hecho explícito por Herbert Bolton en 1932 en su famoso ensayo “La épica de la Gran América”, ya estaba en desarrollo en los Estados Unidos en el periodo que siguió a la Primera Guerra Mundial.<sup>1</sup> En efecto, este programa de historia comparativa era ya parte de la agenda de los historiadores norteamericanos que construyeron el campo de la *Hispanic American History* a partir de 1918.

Este trabajo revisa algunos aspectos de estos tempranos ensayos por construir una historia comprensiva de las Américas a fin de subrayar el carácter imperial asociado a este tipo de empresa historiográfica. La nueva disciplina (*Hispanic American History*) emergió y se consolidó en paralelo y en apoyo de la diplomacia cultural del Pan-Americanismo impulsado por Estados Unidos. Los intentos del Departamento de Estado por lograr una supremacía económica sobre América Latina<sup>2</sup> coincidieron con los esfuerzos de un grupo de historiadores que separados de la corriente principal de la *American History* organizaron un

---

<sup>1</sup> Sobre Herbert Bolton y sus contribuciones véase BANNON, John F., *Herbert Eugene Bolton. The Historian and the Man 1870-1953*, The University of Arizona Press, Tucson, 1978 y MAGNAGHI, Russell M., *Bolton and the Historiography of the Americas*, Greenwood Press, Westport, 1998.

<sup>2</sup> Es decir, la “conquista” de los mercados de productos y de materias primas, la penetración de corporaciones y marcas, y la influencia del capital financiero norteamericano.

campo disciplinar específico para el estudio de las ex colonias de España y Portugal.<sup>3</sup>

No es casual que los llamados a ampliar los horizontes de la historiografía estén asociados con la geopolítica de las naciones centrales. En sus esfuerzos por “incorporar” a naciones vecinas bajo su esfera de influencia económica y cultural, la nación central trata usualmente de representar a este conjunto de naciones como una totalidad guiada por una lógica común. Así, tanto por su atraso relativo con respecto al progreso y la civilización del centro como por sus falencias en materia de auto-gobierno, las periferias se construyen como naciones retrasadas, que siguen los pasos del centro a distancia unas de otras. En este sentido, la *Hispanic American History* puede pensarse como una forma de historia imperial o, al menos, de una historia US-céntrica, cómplice de este reordenamiento civilizatorio.

La experiencia de los historiadores norteamericanos en su intento de captar y comprender la totalidad de la América española y portuguesa en el período de entreguerras (ca.1914-1945) constituye un claro caso de una historia regional subordinada a los lineamientos de la política exterior norteamericana. Esta particular configuración intelectual debería de advertirnos acerca de los peligros que implican los pronunciamientos actuales a favor de transnacionalizar los Estudios Americanos, sobre todo en la dirección de Estudios Hemisféricos. Porque es muy posible que replicar el impulso imperial de sintetizar y llevar de vuelta al centro conocimientos históricos recogidos en las periferias no es el mejor modo de nivelar el campo de los conocimientos en una era de globalización.

---

<sup>3</sup> Sobre los años formativos del grupo de Historia de Hispano-América veáse WILGUS, Alva Curtis, *History and Historians of Hispanic America*, The Inter-American Bibliographical and Library Association, Washington, D.C., 1936 (ed. electrónica, Routledge, 2012), introducción; SIMPSON, Lesley Byrd, “Thirty Years of the Hispanic American Historical Review”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 29, 2, May 1949, pp. 188-204.

La emergencia de la *Hispanic American History* planteó una tensión entre historia regional hemisférica e historias nacionales que antes no fue resuelta y es improbable que ahora lo sea. Las discusiones planteadas entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado sobre la posibilidad de una historia hemisférica nos ayudarán a comprender la verdadera novedad de los así llamados Estudios Hemisféricos o Estudios del Nuevo Mundo. Pero, de manera más importante, recordar estos debates debería alertarnos sobre la posibilidad de que este nuevo giro sea más bien otra manifestación de la nueva configuración del saber-poder que llamamos globalización. La experiencia de la *Hispanic American History* tiende a apoyar esta intuición.

En la primera sección paso revista al llamado de Herbert Bolton a construir una historia hemisférica, presentando luego una mirada crítica sobre la posición de Lewis Hanke en su evaluación del legado de Bolton en 1963. Hanke creía que las propuestas de Bolton habían sido malentendidas y hasta olvidadas por la mayor parte de los historiadores de ambas Américas. En la segunda sección, presento una mirada a vuelo de pájaro de la emergencia y consolidación de la *Hispanic American History*, una disciplina que supuestamente debía de superar las tradiciones locales y nacionales que prevalecían en la práctica de la historia en cada país de América Latina. Después de esto, examino algunos libros de texto sobre la Historia Hispano-Americana publicados en el período de entreguerras, a fin de mostrar como los historiadores norteamericanos trataron de calibrar el tiempo y el lugar de América Latina en sus narrativas.

La cuarta sección está dedicada a resaltar las complicidades entre la *Hispanic American History* y la política estadounidense de la Buena Vecindad. Muestro cómo algunos historiadores norteamericanos contribuyeron a delinear el mapa del anti-americanismo en América Central y del Sur en los años veinte y treinta, presentando estos trabajos co-

mo una colaboración a la política exterior norteamericana. Hacia el final del ensayo discuto la cuestión del “giro transnacional” en los Estudios Americanos en relación a estos tempranos esfuerzos de comprensión hemisférica, planteando ciertas dudas acerca de la sabiduría, conveniencia o utilidad de una nueva Historia Hemisférica de las Américas. Sugiero en particular que, para desacoplar el proyecto de historia hemisférica de sus conexiones imperiales, se hace necesaria una evaluación crítica de la geopolítica del conocimiento en la que las universidades norteamericanas y sus académicos están inmersos.

### *Bolton, sus seguidores y el hemisferio*

En 1963 Lewis Hanke, una de las figuras centrales de la historia de América Latina en Estados Unidos, organizó una conferencia para discutir la relevancia y actualidad de la así llamada “teoría de Bolton”. La conferencia y el libro que resultó de ella,<sup>4</sup> se propuso una evaluación crítica de la presentación que Herbert Bolton había hecho a la *American Historical Association* en Toronto en 1932. Esta intervención, titulada “La épica de la Gran América”, constituyó en su momento un llamado a cambiar el foco de interés y el contexto comparativo de la corriente dominante en la historia de los Estados Unidos (*American History*). En el pozo de la Gran Depresión y antes del lanzamiento por F.D. Roosevelt de su política de la Buena Vecindad, Bolton llamó a los historiadores norteamericanos a considerar al hemisferio occidental como el verdadero marco para narrar la historia. No solamente debido a que como los pioneros del campo Bernard Moses y William Shepherd habían mostrado con

---

<sup>4</sup> HANKE, Lewis (ed.), *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory*, Alfred A. Knopf, New York, 1964.

anterioridad, las tradiciones y la cultura hispánica era una componente importante de la historia de Estados Unidos, sino también debido a que la comparación del devenir histórico de las “dos Américas” prometía generar importantes claves interpretativas para una historia comprehensiva del continente.

Cuando Hanke reexaminó la cuestión en 1963 presentó un balance pesimista del impacto que había tenido la tesis de Bolton en la historiografía de Estados Unidos. Bolton y sus discípulos habían establecido firmemente el estudio de las Fronteras Hispánicas (*the Hispanic Borderlands*) como un componente legítimo de la historia nacional estadounidense.<sup>5</sup> Pero su propuesta a favor de una historia hemisférica había sido recibida con “apatía y silencio” por parte de la profesión.<sup>6</sup> Los historiadores de Estados Unidos continuaron enseñando *American History* como si el discurso de Bolton de 1932 no hubiese ocurrido. Por otra parte, en América Latina pocos historiadores reconocieron el enfoque de Bolton, entre ellos el estudioso colonialista argentino Enrique de Gandía.<sup>7</sup> Otros, como el historiador colombiano Germán Arciniegas, se pronunciaron por la unidad esencial del continente, mientras que el mexicano Edmundo O’Gorman rechazó de plano la propuesta de Bolton.<sup>8</sup>

En 1939 O’Gorman sugirió que Bolton no había comprendido cabalmente la inconmensurable distancia que sepa-

---

<sup>5</sup> BOLTON, Herbert E., *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the Southwest*, Yale University Press, New Haven, 1921.

<sup>6</sup> Sobre las respuestas al discurso “La Épica de la Gran América”, veáse MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, capítulo 4 y HANKE, *Do the Americas*, 1964, p. 23.

<sup>7</sup> GANDÍA, Enrique de, *Nueva historia de América. Las épocas de libertad y anti-libertad desde la independencia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1946.

<sup>8</sup> A esto Magnaghi agrega que el historiador mexicano Alesio Robles consiguió desde muy temprano introducir en la UNAM dos cursos sobre esta problemática, MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, pp. 88-89.

raba el espíritu y la mentalidad de las dos Américas.<sup>9</sup> Además, el historiador mexicano criticó la ponencia de Bolton por no incluir el elemento humano y cultural de su panorama continental.<sup>10</sup> Más tarde, en 1941, en la conferencia de Chicago de la American Historical Association, O’Gorman reiteró su posición acerca del distanciamiento cultural de las Américas. Presentó la colonización hispánica como un proceso sustentado en una concepción religiosa medieval, mientras que la colonización anglo-americana estaba nutrida del espíritu de la modernidad y sostenida por la idea de libertad religiosa.<sup>11</sup> Para reafirmar su creencia de que Anglo-América y América Latina merecían narrativas históricas diferentes se alineó a favor de Bolívar, Martí y Rodó, quienes habían visto en los Estados Unidos una amenaza a la integridad cultural de Hispano-América.<sup>12</sup>

El proyecto de una historia hemisférica común tenía claramente una dimensión política. Si la integración hemisférica no se lograba a través de la política y la diplomacia, era posible unir a las Américas a través de la historia. Si los historiadores podían encontrar suficientes similitudes en las trayectorias históricas de ambas Américas, un *commons* emergería en el área de las humanidades. Es decir, los representantes intelectuales de la América Anglosajona y de la América Latina podrían encontrar un campo de saberes y entendimientos comunes sobre el pasado, a partir del cual pudiese imaginarse un futuro común para el continente. Contra esta historia

---

<sup>9</sup> O’GORMAN, Edmundo, “Hegel y el moderno panamericanismo”, *Revista de la Universidad de La Habana*, 22, 1939; también en *Letras de México*, Vol. II, 8, 15 de Agosto de 1939, pp. 14-15.

<sup>10</sup> MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, p. 90.

<sup>11</sup> Los debates de esta conferencia fueron publicados por el historiador canadiense George Brown en 1942. Véase MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, p. 110, nota 45.

<sup>12</sup> O’GORMAN, Edmundo, *Fundamentos de la historia de América*, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, México, 1942.

idealizada, sin embargo, se alzaban las realidades de disciplinas y tradiciones historiográficas encontradas. Los historiadores de Estados Unidos estaban decididamente dispuestos a construir una historia regional y comprensiva de América Latina, mientras que los historiadores de América Latina continuaban aferrados a sus historias nacionales. Estos últimos sentían que tenían poco que aportar al debate sobre una historia hemisférica común. Aún aquellos latino-americanos que recibían la invitación para integrarse a la discusión, sentían que sus trabajos contribuían poco a la agenda historiográfica impulsada por los centros de saber norteamericanos.

Es cierto, según indica Magnaghi, que la idea de una historia continental logró cierta repercusión en América Latina. En este sentido, el autor lee favorablemente los esfuerzos del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) a partir de 1935 y de su Programa General de Historia de América lanzado en 1943.<sup>13</sup> Y suma en este sentido un par de congresos acerca de historia americana realizados en Buenos Aires y en La Habana, así como la publicación de revistas interesadas en la antropología y el tema indígena. Pero esta repercusión fue sin duda marginal y, en todo caso, temporaria. El IPGH logró atraer, a través de su serie “Points of View” a importantes pensadores de la región, pero el grupo de allegados siempre fue minoritario.<sup>14</sup> Los historiadores latinoamericanos sentían que tenían poco que aportar al debate sobre una historia hemisférica común. Aún aquellos latino-americanos que recibieron la invitación para integrarse a la discusión, sentían que sus trabajos contribuían poco a la agenda historiográfica impulsada de los centros de saber norteamericanos.

---

<sup>13</sup> MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, pp. 102-104.

<sup>14</sup> Entre los que dialogaron con colegas norteamericanos sobre la cuestión del hemisferio debemos incluir a Américo Castro, Edmundo O’Gorman, Luis Alberto Sánchez, Ernesto Nelson, Fernando Ortiz y Mariano Picón-Salas, entre otros, MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, p.113.

Bolton pronunció su discurso presidencial ante la American Historical Association en un período en el que la escritura de la historia en Estados Unidos estaba inextricablemente entrelazada con la política del Panamericanismo. Su intervención en el congreso de Toronto tenía la doble intención de hacer que los historiadores norteamericanos reconsideraran el componente hispánico de la historia de Estados Unidos y, a la vez, que giraran su atención y reflexiones históricas hacia los países al sur del Río Grande. Bolton y sus seguidores pensaban que esas historias eran importantes para los Estados Unidos; un país que, aunque económica y militarmente poderoso, buscaba reconocimiento internacional por sus logros intelectuales y necesitaba de aliados en el hemisferio para su política internacional. No podemos separar el proyecto boltoniano de Historia Hemisférica de la política norteamericana de cooperación intelectual ensayada dentro del marco del Panamericanismo.<sup>15</sup> Con su proyecto historiográfico, Bolton pretendió hacer más complejas las bases históricas de la identidad de los estadounidenses. Pero, al mismo tiempo, intentó proveer de ideas y reflexiones a los expertos en política exterior. Su intervención abordaba el viejo y complicado problema de cómo aislar América Latina de los conflictos y de la influencia europea.<sup>16</sup>

El pesimismo de Hanke sobre el impacto de las propuestas de Bolton fue probablemente exagerado.<sup>17</sup> No sólo por-

---

<sup>15</sup> Sobre los orígenes de la política estadounidense de “cooperación intelectual”, ver SALVATORE, Ricardo, “The Making of a Hemispheric Intellectual-Statesman: Leo S. Rowe in Argentina (1906-1919)”, *Journal of Transnational American Studies*, Vol. 2, 1, March 2010, <http://escholarship.org/uc/item/92m7b409>.

<sup>16</sup> BOLTON, Herbert E., “Cultural Cooperation with Latin America”, *National Education Association Journal*, 29, January 1940, pp. 1-4.

<sup>17</sup> Magnaghi alega que la idea de la historia de las Américas continuó con energía, al menos hasta la muerte de Bolton en 1953. Reconoce sin embargo que durante la Segunda Guerra Mundial muchos seguidores de

que el Programa de Historia de las Américas impulsado por la Unión Panamericana devino una realidad una década más tarde, sino también porque la idea de una historia comparativa de las Américas ya formaba parte de la agenda del grupo de historiadores que impulsaban la *Hispanic American History*.<sup>18</sup> Mucho antes de la conferencia de Bolton –en tiempos de la Primera Guerra Mundial– un grupo de historiadores norteamericanos empleados en universidades prestigiosas habían comenzado a escribir historias de América Latina que incluían una dimensión comparativa con la experiencia histórica norteamericana. Estas narrativas históricas presentaban a Estados Unidos y su excepcionalidad como la vara de medida de la modernidad y el progreso en el continente. Empoderados por la convicción en un “occidentalismo desplazado”,<sup>19</sup> los historiadores norteamericanos se apresuraron a colonizar el nuevo campo de la historia de América Latina, avanzando una visión abarcadora del continente. Es decir, escogieron narrar la historia de América Latina como reflejo y semejanza de la historia de Estados Unidos.

---

Bolton entraron a trabajar para el gobierno y, al hacerlo, descuidaron las cátedras desde donde se defendían las posiciones boltonianas.

<sup>18</sup> Sobre la historia del “*Hispanic American History Group*” y sobre la *Hispanic American Historical Review* véase CHAPMAN, Charles E., “The Founding of the Review”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 1, 1, February 1918, pp. 8-23; SIMPSON, “Thirty Years”, 1949; GIBSON, Charles and Benjamin KEEN, “Trends of United States Studies in Latin American History”, *American Historical Review*, Vol. 62, 4, July 1957, pp. 855-877. Análisis de las contribuciones del grupo al estudio del Imperio Español en SALVATORE, Ricardo, “Imperial Revisionism: US Historians of Latin America and the Question of the Spanish Empire (ca. 1915-1945)”, *Journal of Transnational American Studies*, Vol. 5, 1, 2013, University of California, Santa Barbara.

<sup>19</sup> Llamo así a la creencia o convicción de que a partir de la Primera Guerra Mundial la antorcha de la Civilización Occidental se había desplazado de Europa a Estados Unidos.

En realidad, hacia 1964 los intentos de construir una Historia Hemisférica no habían tenido los resultados esperados. Bolton mismo no había producido nada sustancial al respecto. Su bien ganada fama tenía que ver con sus trabajos sobre la historia de las Fronteras Hispánicas, campo que había producido numerosos cultores, pero no con un trabajo de síntesis sobre la historia del continente aunque, sin embargo, escribió trabajos sobre los misioneros en México y evaluó la importancia de los archivos mexicanos y de Centroamérica. Quizá su libro más ambicioso y conocido sea *The Colonization of North America, 1492-1783*, escrito en colaboración con Thomas M. Marshall y publicado en 1920.<sup>20</sup> Pero tanto este libro como el volumen *The Spanish Borderlands* de 1921 no dejaban de ser historias macro-regionales, cuya principal contribución consistía en entrelazar las diferentes corrientes de colonización europeas.<sup>21</sup> Su *History of America* sólo era un programa de curso, con sinopsis y mapas, nada más.<sup>22</sup> De una manera muy tradicional y US-céntrica, Bolton consideró que el logro más trascendente hacia una Historia de las Américas había sido la fundación de la revista *The Americas* por los historiadores franciscanos en 1944.<sup>23</sup> Y personalmente creía que su mayor contribución a este proyecto no había sido aquella conferencia de Toronto, sino el curso que diseñó y dictó en la Universidad de California por veinticinco años (ca.1919-1944).<sup>24</sup>

---

<sup>20</sup> BOLTON, Herbert Eugene and Thomas Maitland MARSHALL, *The Colonization of North America, 1492-1783*, Macmillan, New York, 1920.

<sup>21</sup> MAGNAGHI, *Bolton*, 1998, p. 94.

<sup>22</sup> BOLTON, Herbert Eugene, *History of the Americas. A Syllabus with Maps*, Ginn & Co., Boston, 1928, new edition, 1935.

<sup>23</sup> Bolton consideraba que el catolicismo era un elemento común que unía a las dos Américas.

<sup>24</sup> BOLTON, Herbert Eugene, "The Confessions of a Wayward Professor", *The Americas*, Vol. 6, 3, January 1950, pp. 359-362.

En el terreno de la historia, las ideas del Panamericanismo (sobre todo la política de la cooperación intelectual) llevaron a la fundación del IPGH, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en México. Este instituto fue creado bajo los auspicios de la Unión Panamericana y con la ayuda financiera de la Fundación Rockefeller. Una de las iniciativas del Instituto fue el Programa de Historia de América.<sup>25</sup> Bajo la dirección conjunta de Silvio Zavala y de Arthur Whitaker este programa logró producir una guía u ordenamiento general para una narrativa histórica de alcance continental. De hecho, la comisión eligió una lista de autores y de libros que servirían para llevar a la práctica este ambicioso proyecto.

En 1959 Silvio Zavala informó sobre el progreso del programa. Subrayó que el programa tenía dos objetivos centrales: uno consistía en facilitar la publicación de libros de texto que llevaran a la práctica de la enseñanza la idea de una historia hemisférica; el segundo objetivo era promover la cooperación entre historiadores del continente. Como resultado de estos encuentros, se esperaba además un intercambio creciente de bibliografía sobre historia de los países americanos. El plan maestro del programa implicaba dividir la tarea entre grupos de investigadores: los antropólogos se harían cargo de la historia de la América pre-colombina; un grupo selecto de historiadores norteamericanos y de América Latina trabajarían juntos para producir un volumen sobre el período colonial, mientras que un tercer volumen, organi-

---

<sup>25</sup> Sobre la génesis de este programa, véase: MORÓN, Guillermo, "Proyecto de Historia General de América", *Revista de Historia de América*, núm. 90, Julio-Diciembre 1980, pp. 61-66; ZAVALA, Silvio, *Programa de Historia de América en la Época Colonial*, Traducción de Antonio Alatorre, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 104, México, 1961; ZAVALA, Silvio, *The Colonial Period in the History of the New World*, Abridgement in English by Max Savelle, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 102, México, 1962.

zados por países, se ocuparía de la historia post-independiente. Zavala se mostraba entusiasmado por los resultados alcanzados. Se había elaborado una historia integral de Brasil. Se habían acordado áreas de interés en la historia colonial (los grupos raciales, el contrabando, la mentalidad del inmigrante, cuestiones de soberanía en áreas marginales, etc.) En relación a la historia post-independiente, los historiadores se habían esforzado por marcar los límites de las nuevas naciones y habían tratado de homogeneizar criterios narrativos. Cómo narrar la unidad en diversidad aparecía como el principal desafío.<sup>26</sup>

En 1952 el profesor Whitaker, miembro de la comisión de historia del IPGH, convocó una reunión en Washington para evaluar los progresos alcanzados. Se planteó allí qué importancia atribuir a las instituciones y cuál al medio ambiente. Y se aceptó la posibilidad de compatibilizar el interés por el estudio de la frontera en Estados Unidos con el problema del mestizaje y el nativismo en América Latina. En esa reunión, el profesor Griffin, a cargo de coordinar la historia del período nacional, propuso estudiar en comisión la cuestión del grado de unidad en la “civilización Americana.” Su propuesta fue rebatida porque implicaba simplificar demasiado el proyecto, cuando no desviar la investigación en múltiples direcciones.<sup>27</sup>

En la siguiente reunión realizada en La Habana en 1953, se volvieron a discutir estas cuestiones. Con respecto al volumen de historia colonial surgieron múltiples problemas.

---

<sup>26</sup> ZAVALA, Silvio, “International Collaboration in the History of America”, *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 1, 3, March 1959, pp. 284-288.

<sup>27</sup> GRIFFIN, Charles C., “The Problem of a General History of the Americas. The Project on the History of America of the Commission on History, P.A.I.G.H, Problems of the National Period”, *Revista de Historia de América*, núm. 34, Diciembre 1952, pp. 469-476, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Uno de ellos era la cuestión de cómo tratar las distintas influencias religiosas. Otro fue cómo narrar la expansión colonial.<sup>28</sup> Además de una división de tareas, el comité del programa trabajó esforzadamente para uniformar la periodización correspondiente al periodo nacional. Se acordó distinguir los siguientes períodos: 1) “el proceso de independencia” (1778-1830); 2) “la consolidación de las naciones americanas” (1830-1870); 3) “el desarrollo de la diversidad entre las naciones americanas” (1870-1910); y 4) “una nueva era revolucionaria para las Américas” (1910-1950).<sup>29</sup> Se pidió a los autores de cada período que trabajaran sobre los cuatro campos en que estaría dividida la historia: política, económica, social y cultural.

En relación a los volúmenes de historia colonial Zavala esperaba que, con la cooperación de historiadores de las dos Américas, el programa sería capaz de evitar estrechas miradas nacionalistas –la reiteración de divisiones asociadas a simpatías con distintas naciones imperiales–, y poder así presentar una visión más comprehensiva de la historia regional. En la nueva Historia de las Américas no habría lugar para la tensión entre una historia protestante de la colonización hispánica y una historia patriótica española del proceso de colonización. La historia sería narrada desde la perspectiva de los “americanos en general”.<sup>30</sup>

En su introducción al proyecto de Historia de las Américas, el profesor Arthur Whitaker de la Universidad de Pennsylvania enfatizó la naturaleza colaborativa del emprendimiento.<sup>31</sup> El proyecto, en este sentido, sería una “grandiosa historia”, comparable con los proyectos de Arnold Toynbee sobre la historia de la civilización, o la histo-

---

<sup>28</sup> ZAVALA, “International Collaboration”, 1959.

<sup>29</sup> GRIFFIN, “The Problem”, 1952.

<sup>30</sup> ZAVALA, “International Collaboration”, 1959.

<sup>31</sup> ZAVALA, *Programa*, 1961.

ria de Edward Gibbon sobre el Imperio Romano. La principal dificultad que enfrentarían los programados volúmenes sería mantener un balance entre las particularidades nacionales y regionales y las generalizaciones comunes a todo el hemisferio. Esta dificultad era especialmente problemática para el “período nacional”, en el cual los historiadores tendían a proyectar perspectivas estrictamente nacionales. La reunión subsiguiente realizada en Washington en 1956, así como encuentros menores en Nueva York y México, trataron de limar estas diferencias.

Hacia 1959, a través de la dirección del IPGH, el programa de Historia de las Américas había logrado publicar diez contribuciones sobre el período pre-colombino, cinco sobre el período colonial, y cuatro sobre el período post-independiente. Queda claro, a partir de las confesiones de sus propios líderes, que las publicaciones anteriores a 1959 se consideraban sólo “trabajo preparatorio” o “preliminar” de una historia continental más integral. Whitaker afirmó que los volúmenes publicados eran en realidad pequeños panfletos (*booklets*), prospecciones preliminares que servirían como bases para la escritura de “una historia monumental de América” aún pendiente.

La lista de publicaciones del Programa de Historia de América fue limitada y los libros tardaron en llegar al público lector. Pero, aunque de manera modesta, este programa representó un avance de la política norteamericana en el terreno de la cooperación intelectual. La política cultural del Panamericanismo había sentado las bases para la escritura de una Historia Hemisférica. Más tarde la Revolución Cubana cambiaría dramáticamente el escenario geopolítico, socavando el clima de cooperación entre los historiadores y el Departamento de Estado. Con el comienzo de la Guerra Fría, el propio proceso de especialización llevaría a la *Hispanic American History* en la dirección de las “historias nacionales” y mucho más tarde esta nueva fragmentación se profundiza-

ría con el regreso de la “historia local”, de la mano de la micro-historia. Sin embargo, el impulso de la cooperación intelectual entre historiadores de ambas Américas, impulsado por el IPGH con el financiamiento de la Fundación Rockefeller, intentó poner los hallazgos de las investigaciones históricas en América Latina dentro de una plataforma más abarcadora. Así, la agenda de la *Hispanic American History* –un proyecto historiográfico en permanente comparación con la experiencia y la cultura de los Estados Unidos– se relocalizó en México y, desde allí, buscó de obtener consenso entre los historiadores latinoamericanos.

### *Hispanic American History, un proyecto US-céntrico*

El proyecto de la así llamada *Hispanic American History* maduró en los Estados Unidos hacia 1918. En ese año se fundó el grupo de historiadores de Hispano-América, que luego lanzó una revista especializada (la *Hispanic American Historical Review*, *HAHR*) y funcionó como núcleo organizativo semi-autónomo dentro de la *American Historical Association*.<sup>32</sup> Como sus miembros fundadores lo habían previsto, la subdisciplina trataría de entender el pasado de las naciones Hispano-Americanas desde la perspectiva de Estados Unidos.<sup>33</sup> Con este alcance, era un proyecto historiográfico “provincial”, en el sentido de una historia con pretensiones transnacionales que proyecta, en realidad, una concepción

---

<sup>32</sup> Conocido al principio como el “*Hispanic American History Group*”, el grupo luego se asoció en una Comisión de Historia de América Latina (C.L.A.H.), sin renunciar a su afiliación a la *American Historical Association*.

<sup>33</sup> Al principio, se trataba estrictamente de historia de las ex colonias española. Luego, bajo el impulso de algunos brasilianistas, la asociación incluyó a la historia de Brasil dentro de su ámbito, pero se negó a cambiar la palabra *Hispanic*.

nacional/local.<sup>34</sup> El emprendimiento apuntaba a una historia regional comparativa; no era meramente una colección de narrativas nacionales. A partir de contribuciones individuales, se iría conformando, poco a poco, la urdimbre de una narrativa de grandes trazos sobre la evolución de América Latina.<sup>35</sup> Para ser útil, esta historia regional debía ser comparativa. Es decir, los historiadores debían posicionar sus hallazgos en relación a la experiencia y cultura de los Estados Unidos.<sup>36</sup>

En este sentido, la *Hispanic American History* fue, desde su nacimiento, un proyecto US-céntrico. No sólo porque reflejaba los intereses y perspectivas de los historiadores norteamericanos, sino también porque indirectamente servía para exponer los valores de la “nación americana” (los Estados Unidos) frente a los intelectuales latinoamericanos. En las primeras dos décadas de la *HAHR*, los artículos sobre historia colonial compartieron el estrado con ensayos sobre la historia de las relaciones internacionales, de modo que la sub-disciplina parecía formar parte de una discusión permanente sobre la política exterior norteamericana. No sólo se trataba de un problema de demasiada influencia de los historiadores diplomáticos (como John Holladay Latané y Samuel Flagg Bemis) o de la existencia de diplomáticos de carrera enseñando historia latinoamericana (como Dana Gardner Munro), sino de que

---

<sup>34</sup> Utilizo aquí una caracterización tomada de CHAKRABARTY, D., *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton Studies in Culture/Power/History, Princeton University Press, Princeton, 2000.

<sup>35</sup> Con el tiempo, desde principios de la década de 1950, el programa comenzó a concentrarse en América Latina, sin referencia explícita a la historia de los Estados Unidos. Quedó sin embargo, un impulso comparativo con el “excepcionalismo norteamericano” que, en diferente grado, ha permanecido hasta nuestros días.

<sup>36</sup> Si se trataba de trabajos de historia colonial, debía al menos intentarse una comparación con el colonialismo británico en las trece colonias de Norteamérica.

todo el campo de estudio estaba atravesado por preocupaciones imperiales o neo-coloniales.<sup>37</sup> Era, sin lugar a dudas, una historia con un propósito, una verdadera incursión neocolonial sobre el territorio del pasado latinoamericano.

El proyecto de la *Hispanic American History* tenía principalmente dos objetivos: a) la legibilidad; y b) la calibración espacio-temporal. Por un lado, trataba de reorganizar la narrativa histórica de las veinte naciones al sur del Río Grande en una totalidad comprensiva y coherente, a fin de tornar estas sociedades y sus gobiernos más transparentes o legibles a los estudiantes universitarios, a los académicos y al público lector en Estados Unidos. Por otro lado, buscaba localizar a las naciones latino-americanas dentro de la problemática del “excepcionalismo americano”, entendido como una constelación de diferencias que separaban a la sociedad, la economía, el gobierno y la cultura de Estados Unidos del resto del continente. Ambos aspectos del programa de la nueva disciplina —la búsqueda de una narrativa estilizada de la historia de América Latina y el esclarecimiento de las diferencias que separaban a la región respecto de los Estados Unidos— fueron forjándose lentamente a partir de 1918. Pero era claro que, hacia el momento de la conferencia de Bolton (1932), se había recorrido un largo camino en esa dirección.<sup>38</sup>

---

<sup>37</sup> J. Tulchin, en un ensayo de 1975, discute el caso de Dana Gardner Munro: TULCHIN, Joseph, “When Diplomats Become Historians”, *Reviews in American History*, Vol. 3, 2, 1975, The John Hopkins University Press, pp. 241-248. Discuto la naturaleza imperial o neo-colonial del proyecto de la *Hispanic American History* en SALVATORE, Ricardo D., “Imperial Revisionism: US Historians of Latin America and the Question of the Spanish Empire (ca. 1915-1945)”, *Journal of Transnational American Studies*, Vol. 5, 1, 2013. Cf. también BERGER, Mark T., “Civilizing the South: The US Rise to Hegemony in the Americas and the Roots of Latin American Studies, 1898-1945”, *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 12, 1, January 1993, pp. 1-48.

<sup>38</sup> Sobre el progreso alcanzado por la *Hispanic American History* hacia 1949 véase WHITAKER, Arthur P., “Developments of the Past Decade in the

El primer objetivo imponía reconocer la existencia de similitudes no superficiales en la cultura de las naciones latinoamericanas así como la existencia de una experiencia histórica común. Esto requería tomar distancia de las “historias nacionales” como eran practicadas en cada uno de los veinte países representados en la Unión Panamericana. La idea era más bien llegar a una visión comprensiva del pasado colectivo de las naciones de América Latina. Rechazando como localistas o provincianas a estas “historias nacionales”, los promotores de *Hispanic American History* podían presentarse como constructores de un conocimiento histórico superior, más comprehensivo. El segundo objetivo implicaba colocar a la historia de la América hispana y portuguesa a una cierta distancia temporal y geográfica de los Estados Unidos.

Durante el período de entreguerras, muchos publicistas e intelectuales ponían a Estados Unidos en un lugar único en la historia universal: como la nación más desarrollada, desde el punto de vista del bienestar material, las instituciones de gobierno, la cultura democrática, la ciencia y la tecnología.<sup>39</sup> Era una nación formada por inmigrantes europeos que, debido a numerosas razones, habían llevado adelante un exitoso experimento en términos de organización política, libertad religiosa y civil, un mercado competitivo y pujante, y un nivel de organización social asombroso. Era en todo sentido, una nación excepcional. Dado el supuesto de superioridad cultural y tecnológica de que se partía, era natural que las

---

Writing of *Latin American History*”, *Revista de Historia de América*, 29, Junio 1950, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 123-133.

<sup>39</sup> Esta visión de la superioridad de Estados Unidos hacia el comienzo de la posguerra se proclamaría a través del famoso ensayo de Henry Luce, pero más acabadamente en el libro de Max Lerner, *America as a Civilization*, cf. WRONG, Dennis H., “The United States in Comparative Perspective. Marx Lerner’s ‘America as a Civilization’”, *American Journal of Sociology*, Vol. 65, 5, Mar. 1960, pp. 499-504.

veinte naciones al sur del Río Grande aparecieran como atrasadas y carenciadas (menos que excepcionales); como naciones en búsqueda de orientación, consejo y ayuda de parte de su “hermana del Norte”.

### *Calibrando el tiempo y el espacio de Hispanoamérica*

Los cultores de la *Hispanic American History* trataron de calibrar al sub-continente —es decir, de medir y ubicar en su justo punto— en una configuración de tiempo y espacio determinada. Se preguntaron a qué distancia temporal se encontraba Hispano-América con respecto a la nación más avanzada del continente, Estados Unidos. Y también trataron de ubicar a las distintas repúblicas de la región dentro de categorías geo-políticas (como “Centroamérica”, “el Caribe”, “Sudamérica”, los “países Andinos” y el “grupo ABC”), para hacer más comprensible su desarrollo histórico y su potencial futuro. De hecho, “descubrieron” que los países más alejados de Norteamérica (aquellos de las zonas templadas) tendían a ser los más modernos y progresistas.

William Sweet publicó uno de las primeras históricas comprensivas de América Latina en 1919.<sup>40</sup> Su libro trató el territorio del antiguo imperio español como un todo, estableciendo la distinción entre áreas centrales (Nueva España y México) y las áreas fronterizas (*fringes*). Pero, a partir de la independencia dividió a las naciones entre “atrasadas” y “progresistas”, basándose principalmente en la capacidad de las jóvenes naciones-estado de alcanzar la modernidad política. Aquellos países que no habían quebrado el círculo vicioso de revoluciones y dictadores fueron agrupados bajo la

---

<sup>40</sup> SWEET, William Warren, *A History of Latin America*, The Abingdon Press, New York, 1919.

etiqueta de “estados atrasados”. Entre ellos se encontraban Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Paraguay y Bolivia. Aquellos países que, por el contrario, habían alcanzado un mínimo umbral de estabilidad política fueron agrupados en la categoría de “estados progresistas”. Entre estos se encontraban Argentina, Brasil y Chile, países que con el tiempo se conocerían como los *ABC powers*. Mientras que para los primeros la historia asumía la forma de una interminable sucesión de golpes de estado y de dictadores, interrumpidos brevemente por gobiernos liberales y la promulgación de “constituciones de papel”, en los “estados progresistas” se subrayaba la capacidad de ciertos presidentes o líderes (Portales, Roca, Dom Pedro II) por establecer formas de autogobierno relativamente duraderas.

Con el tiempo, esta división de Sudamérica adquirió la rigidez de una frontera cultural y geográfica. Samuel Guy Inman, en su libro *Latin America* (1942) tomó a la Cordillera de los Andes como la línea divisoria que separaba a los países progresistas que miraban hacia Europa (las naciones que enfrentaban el Atlántico) de las repúblicas más atrasadas, ubicadas al oeste de aquella división; naciones que permanecían atrapadas en un tiempo remoto, entre el despotismo incaico y el colonialismo español. Estas naciones, pensaba Inman, no miraban el Pacífico, sino el pasado. Las primeras por el contrario, por sus logros y aspiraciones, estaban listas para abrazar la modernidad norteamericana.

Hacia el este de los Andes, los pueblos del continente miran hacia Europa. Hacia el Oeste de los Andes, uno tiene la impresión, lo mismo que al cruzar las montañas Rocallosas en Estados Unidos, de que uno está en un mundo diferente, un mundo en que la anterior civilización Inca se mezcla con la España colonial para formar una cultura peculiar.<sup>41</sup>

---

<sup>41</sup> INMAN, S. Guy, *Latin America: Its Place in World Life*, Books for Libraries Press, New York, 1942, p. 115. La traducción es mía, RS.

Inman caracterizó a Argentina como la “más europea de las naciones americanas”, debido a los éxitos de su política inmigratoria y a su inclinación por las ideas y la cultura europeas. Encontró aquí una clase gobernante que trataba de mantener cierta autonomía con respecto a Estados Unidos, mientras que adoptaba selectivamente las novedades de Europa. Uruguay impresionó al autor como un “centro internacional” (una especie de Suiza de Sud-América) que había acogido como propios las ideas y programas más progresistas de Europa. Aunque no decididamente “europeo”, Chile podía mostrar un caso exitoso de gobierno centralizado y estable, en parte debido a una composición racial favorable (la mezcla de vascos con araucanos). Los demás países andinos eran, por el contrario, una muestra del atraso y el colonialismo. Ecuador exhibía un ejemplo de teocracia en las Américas (bajo el gobierno de García Moreno); Bolivia era claramente un fracaso político, con un record de sesenta revueltas en setenta años; Perú era un país donde una aristocracia mestiza gobernaba sobre una inmensa mayoría de indígenas no asimilables al progreso. Por su parte, Colombia era un ejemplo de persistentes tensiones políticas, donde las guerras civiles habían desangrado a la nación. De manera similar, Venezuela era para Inman una tierra de caudillos, en la que solo en la década de 1930 comenzaban a verse progresos en materia de competencia política y participación popular.<sup>42</sup>

Inman clasificó a los países de América Latina en una doble grilla espacial y temporal. En un eje estaba el éxito o fracaso en materia de modernización política. En el otro estaba la relativa distancia a ciertas geo-culturas: España, Europa, los Estados Unidos y África. Colombia y Venezuela, por ejemplo, estaban bajo el influjo del Caribe y, por tanto, sujetas a su lógica de revoluciones y revueltas. Brasil mostraba ciertos puntos de contacto con los Estados Unidos, pero era

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*

un país que había impuesto desde el comienzo una cuestionable política de cruzamiento racial. En este sentido, Brasil se asemejaba más al África que al resto de Sudamérica. La región como un todo, América Latina, con su peculiar mezcla de razas y de instituciones, había desarrollado una civilización única localizada entre Occidente y Oriente. El autor entendía que la región había heredado ciertas actitudes de los árabes a través de España, que más tarde había adquirido las aspiraciones e ideales de la Ilustración europea, pero que desde la independencia había seguido a Estados Unidos en la construcción de una cultura política americana.<sup>43</sup>

Desde el punto de vista del pensamiento estratégico norteamericano, el Canal de Panamá (no los Andes) constituía la gran línea divisoria. Al norte del Canal quedaban el Caribe y Centro-América, áreas pródigas en revoluciones, corrupción y catastrófico manejo de las finanzas. Estas circunstancias hacían de estas naciones presa de la amenaza de intervención de las naciones europeas y, por tanto, justificaban la intervención de Estados Unidos para mantener las promesas de la Doctrina Monroe. Al sur del Canal se extendía un gran territorio que incluía tanto a países progresistas (los del grupo ABC) como a países muy atrasados (los países andinos). Estos países, hasta la Primera Guerra Mundial, habían permanecido bajo el influjo del comercio y la cultura europeos. Para romper esta supremacía comercial y cultural Estados Unidos había apelado a nuevos métodos de negocios, así como a inversiones estratégicas en transportes, comunicaciones, bancos y publicidad. En Sudamérica las intervenciones armadas o la diplomacia de las cañoneras resultaban no aconsejables, eran contraproducentes.

Así, el Canal de Panamá operó como una frontera geopolítica que dio sentido a las narrativas históricas. Al norte

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 21.

del Canal había países de revoluciones, volcanes y enfermedades tropicales, que difícilmente alcanzarían la modernidad y el progreso. Tierras que permanecerían por un buen tiempo bajo la tutela norteamericana. Al sur del canal, por el contrario, había repúblicas autónomas que trataban de emular la modernidad nord-atlántica. Algunos estaban más cerca de lograrla (los países del ABC), mientras que otros (los países andinos) no conseguían despertar de su letargo colonial. Pero era evidente que los Estados Unidos no tutelarían su desarrollo político, social o cultural de manera ostensible. De allí la necesidad de escribir la historia de Sudamérica con una mirada más crítica, sin apelar necesariamente al templete de “revoluciones y dictadores”. Hacia el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la *Hispanic American History* había contribuido a asentar estas categorías geo-políticas como un marco significativo a partir del cual podría procederse a narrar la historia del sub-continente.

### *Vigilando el anti-americanismo*

Los cultores de las *Hispanic American History* también se preocuparon de evaluar la resistencia que las naciones de Sudamérica mostraban al avance de las empresas, productos y cultura estadounidenses. En la mayoría de los manuales de historia de América Latina publicados en los años de entreguerras, los autores dedicaban los últimos capítulos a las relaciones entre Estados Unidos y la región, dando especial tratamiento a la cuestión de Pan-Americanismo.

Desde comienzos de los años veinte, los miembros de la nueva disciplina comenzaron a informar acerca de las “reacciones” de América Latina a la política norteamericana. Encontraron que un creciente nacionalismo y antagonismo caracterizaba las visiones latinoamericanas de los Estados Unidos. Los historiadores llamaron “desconfianza”, “sospe-

cha”, “aprehensión” y “recelo” a los sentimientos que reflejaba la prensa de la región frente a la política norteamericana y de la acción de las empresas de aquel origen. Y reservaban las palabras “miedo” o “peligro” en relación al poderío económico y financiero del “Coloso del Norte”. Esta fuerza negativa (el anti-americanismo) se consideraba un producto de la propaganda anti-americana de ciertos países europeos, cuando no el resultado de falsas representaciones diseminadas por intelectuales y publicistas. En tanto amenazaba descarrilar los logros en materia de cooperación hemisférica, los Estados Unidos debían de controlar o morigerar esta nueva corriente de resistencia.

La “ciudad letrada” de Sudamérica contribuyó desproporcionadamente a la construcción del anti-americanismo. Esta era una resistencia inesperada que provenía de literatos, publicistas y académicos, usualmente considerados una fuerza civilizadora en la región. Sentimientos y discursos anti-imperialistas presentaban una amenaza a la política hemisférica de Estados Unidos. Académicos como Clarence Haring, Lewis Hanke, Dana Gardner Munro y Arthur Whitaker, para nombrar sólo a algunos de las figuras más prominentes del campo, se ocuparon del problema. Clarence Haring, en su libro *South America Looks at the United States* (1928) llamó la atención sobre la creciente “desconfianza” que sentían los sudamericanos hacia los Estados Unidos. Esta desconfianza había sido promovida por los intelectuales y la prensa periódica. Los periódicos de la región criticaban las actividades del Ku Klux Klan, las elevadas tasas de crimen en Nueva York y Chicago, los divorcios frecuentes y la falta de pudor de la mujer norteamericana. Por su parte, los intelectuales sudamericanos la emprendían contra el materialismo, el mal gusto, la prepotencia y la crudeza del norteamericano medio.<sup>44</sup>

---

<sup>44</sup> HARING, Clarence H., *South America Looks at the United States*, Mcmillan Company, New York, 1928, p. 134.

Fred Rippy, por su parte, dedicó un capítulo de su muy conocido manual *The Historical Evolution of Hispanic America* (1932) a examinar el fenómeno de la “yankeefobia”.<sup>45</sup> Los sentimientos anti-americanos eran la reacción natural a la expansión económica y política de Estados Unidos en el hemisferio. Los grandes periódicos de los países del ABC eran severos en su condena de las intervenciones norteamericanas en América Central y el Caribe. A esto se agregaba la propaganda diseminada por publicistas españoles, alemanes y franceses con el objeto de crear desconfianza hacia Estados Unidos. Dana Gardner Munro, en su libro *The Latin American Republics* (1942) también se refirió al anti-americanismo.<sup>46</sup> Según él, en las recientes conferencias Pan-Americanas de Santiago (1923) y La Habana (1928) se había notado una creciente “enemistad” hacia los Estados Unidos por parte de los representantes de Sudamérica, un sentimiento que se había reforzado desde las intervenciones en Haití y Nicaragua. La declaración del principio de no-intervención por el presidente Franklin D. Roosevelt en 1933 contribuyó a calmar las tensiones, sin desactivar las críticas. Es que, como Munro reconocía, la verdadera base del anti-americanismo era una corriente de opinión o ideología arraigada —el nacionalismo económico— que no podía desactivarse fácilmente.<sup>47</sup>

No podemos decir que la temprana Historia Hispano-Americana generada en Estados Unidos no prestara atención a los temas del imperialismo y sus reacciones locales.

---

<sup>45</sup> RIPPY, J. Fred, *Historical Evolution of Hispanic America*, F.S. Crofts & Co., New York, 1932.

<sup>46</sup> MUNRO, Dana Gardner, *The Latin American Republics. A History*, D. Appleton-Century Company, New York, 1942.

<sup>47</sup> Desde finales del siglo XIX capitales extranjeros habían tomado control de importantes áreas de las economías nacionales en América Latina. Los simpatizantes del nuevo nacionalismo económico querían revertir esta tendencia.

Por el contrario, estos historiadores consideraron seriamente las raíces del anti-americanismo y presentaron algunas sugerencias de cómo atenuarlo. En este sentido, podríamos decir, sus escritos constituyeron una especie de vigilancia de dimensión continental sobre el impacto de la inversión norteamericana, los productos norteamericanos y la cultura de la moderna corporación. Además de promover el Panamericanismo, los historiadores norteamericanos contribuyeron a poner en debate la naturaleza de la hegemonía estadounidense en la región (si se trataba de imperalismo, neo-colonialismo o moderno *commonwealth* cultural), fomentando también el estudio de las reacciones nacionales. Y por ello, no es de extrañar que estos historiadores simpatizaran y apoyaran la política de cooperación intelectual impulsada por la Unión Panamericana. Una forma de desactivar las objeciones sudamericanas al neo-colonialismo norteamericano o al unilateralismo de su política hemisférica era justamente atraer a sus intelectuales a la empresa de la “historia hemisférica”.

### *Relevancia actual de las ideas de Bolton*

Si Herbert Bolton fuese a despertar hoy y mirase las reconfiguraciones contemporáneas en los campos de Estudios Latinoamericanos y el nuevo campo de Estudios Hemisféricos notaría cierta familiaridad en algunas proposiciones, definiciones y llamados al estudio. Es decir, le parecería que estas cuestiones ya fueron discutidas hacia los principios de los años treinta de siglo pasado y que las recientes intervenciones agregan poco a lo que ya se debatía entonces. Pero, por otro lado, Bolton encontraría que el contexto académico y geo-político ha cambiado radicalmente, a punto de hacerse irreconocible. En particular, le resultaría difícil de comprender la nueva configuración de estudios étnicos, de género, de

raza, así como los estudios post-coloniales y la historia literaria que ahora intenta contribuir al debate sobre el nuevo hemisferismo. En su época, la historia y la literatura llevaban la voz cantante a la hora de discutir los límites de los Estudios Latinoamericanos y, claramente, su intento de reescribir de una manera más comprensiva una historia comparativa del continente estaba destinado sobre todo a historiadores.

Bolton tal vez simpatizaría con los intentos de reflejar la multiplicidad de voces, experiencias y culturas de la “Gran América”. Estaría sorprendido, quizá, de que finalmente los miembros más cercanos de Norte-América (Estados Unidos, México y Canadá) hubiesen formado finalmente una unión aduanera (el NAFTA), mientras que el resto de América Latina estuviese cerca de lograr acuerdos bilaterales de libre comercio con los Estados Unidos. Esto era impensable en los años treinta. Sería arriesgado imaginar lo que Bolton pensaría de la proliferación de “estudios” que hoy intentan desentrañar los misterios de América Latina (culturales, étnicos, de género, gay and lesbian, latinos, post-coloniales, globales, transnacionales, etc.). Pero es probable que miraría con cierta aprehensión el regreso hacia los Estudios Hemisféricos en una coyuntura geo-política caracterizada por una creciente globalización.

Bolton, en su conferencia de 1932, solo trató de complejizar la Historia de Estados Unidos (mal llamada *American History*) introduciendo las tradiciones, instituciones y eventos de la época del dominio español sobre buena parte del territorio de Norteamérica. Hoy, su pregunta sobre la existencia de una “Gran América” resonaría significativamente diferente, en parte porque la comunidad interpretativa ha cambiado. Hoy su conferencia se leería como un llamado a integrar las nuevas voces del amplio espectro del multiculturalismo estadounidense (latinos, afro-americanos, asiático-americanos, nativo-americanos, etc.) dentro de un debate sobre qué significa “América”. Pero este debate ya

no tendría un centro claramente definido para discutir. No sólo porque la propia idea de *American culture* ha explotado en mil pedazos y nadie puede razonablemente recomponerla, sino también porque hoy cabría preguntarse por el legado de la “Centuria Americana” –con sus implícitas ideas de cultura de consumo de masas, la forma de gobierno “americana” y una literatura canónicamente “americana”– en el vasto territorio de América Latina.

Si Bolton despertara hoy tendría especial curiosidad por la nueva articulación entre trabajo académico y política exterior norteamericana; o más generalmente, sobre la utilidad de un conocimiento que surge bajo el signo o la etiqueta de Estudios Hemisféricos. En su tiempo, incursionar en la Historia de las Fronteras Hispanas (*Spanish Borderlands*) tuvo una motivación clara: hacer a sus contemporáneos conscientes de las contribuciones hispánicas a la cultura estadounidense. Su cruzada estaba dirigida al reconocimiento y la incorporación de otras historias fronterizas. Más allá de esta frontera (en América Central y en Sudamérica), se encontraban tierras de pobreza, revoluciones palaciegas y desapego cívico que difícilmente pudiesen replicar “estándares americanos” de gobierno y civilización. Por ello, su llamado apuntaba a la construcción de una historia comparativa que pudiese contribuir al entendimiento mutuo entre las dos Américas y que, de alguna forma, esto contribuiría a repensar lo que hoy conocemos como el “subdesarrollo” y el “atraso”.

Bolton y los historiadores de su generación –un grupo que acompañó las grandes cruzadas y políticas internacionales de los Estados Unidos– encontrarían la apatía o rechazo de los historiadores a la política exterior norteamericana sorprendente, difícil de entender. La *Hispanic American History* que él conoció fue un proyecto intelectual aliado a cierto proyecto de expansión económica y cultural de Estados Unidos sobre América Latina. Un proyecto en que las propias preguntas de investigación estaban relacionadas a la

cuestión del acercamiento diplomático y el desembarco inversionista de su país en la región y de los efectos que esto estaba produciendo en el pensamiento y la acción de los latinoamericanos. Con una mirada Norte-Sur, los historiadores que fundaron la *Hispanic American Historical Review* construyeron un proyecto de historia sub-regional que intentó comprender la mentalidad y la civilización latinoamericana. Un esfuerzo que, de ninguna manera, podía disociarse del pan-americanismo y su geo-política del conocimiento.

### *Bibliografía*

ARMILLAS, Pedro, "Las etapas adoptadas para el Programa de Historia de América", *Nueva Antropología*, Año III, Núm. 12, 1979, pp. 49-52.

BANNON, John Francis, *Herbert Eugene Bolton. The Historian and the Man 1870-1953*, The University of Arizona Press, Tucson, 1978.

BANNON, John Francis (ed.), *Bolton and the Spanish Borderlands*, University of Oklahoma Press, Norman, 1964.

BERGER, Mark T., "Civilizing the South: The US Rise to Hegemony in the Americas and the Roots of Latin American Studies, 1898-1945", *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 12, 1, January 1993, pp. 1-48.

BOLTON, Herbert Eugene, *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the Southwest*, Yale University Press, New Haven, 1921.

\_\_\_\_\_, *History of the Americas. A Syllabus with Maps*, Ginn & Co., Boston, 1928.

\_\_\_\_\_, "Cultural Cooperation with Latin America", *National Education Association Journal*, 29, January 1940, pp. 1-4.

\_\_\_\_\_, "The Confessions of a Wayward Professor", *The Americas*, Vol. 6, 3, January 1950, pp. 359-362.

BOLTON, Herbert Eugene and Thomas Maitland MARSHALL, *The Colonization of North America, 1492-1783*, Macmillan, New York, 1920.

BROWN HOLMES, Vera, *A History of the Americas: From Discovery to Nationhood*, The Ronald Press Co., New York, 1950.

CHAKRABARTY, D., *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton Studies in Culture / Power / History, Princeton University Press, Princeton, 2000.

CHAPMAN, Charles E., "The Founding of the Review", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 1, 1, February 1918, pp. 8-23.

FOX, Claire, "Commentary. The Transnational Turn and the Hemispheric Return", *American Literary History*, Vol. 18, 3, Fall 2006, pp. 638-647.

GANDÍA, Enrique de, *Nueva historia de América. Las épocas de libertad y anti-libertad desde la independencia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1946.

GIBSON, Charles and Benjamin KEEN, "Trends of United States Studies in *Latin American History*", *American Historical Review*, Vol. 62, 4, July 1957, pp. 855-877.

GRIFFIN, Charles C., "The Problem of a General History of the Americas. The Project on the History of America of the Commission on History, P.A.I.G.H., Problems of the National Period", *Revista de Historia de América*, 34, 1952, pp. 469-476, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

HANKE, Lewis (ed.), *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory*, Alfred A. Knopf, New York, 1964.

HARING, Clarence H., *South America Looks at the United States*, Mcmillan Company, New York, 1928.

INMAN, S. Guy, *Latin America: Its Place in World Life*, Books for Libraries Press, New York, 1942.

MAGNAGHI, Russell M., *Bolton and the Historiography of the Americas*, Greenwood Press, Westport, 1998.

MORÓN, Guillermo, “Proyecto de Historia General de América”, *Revista de Historia de América*, 90, Julio-Diciembre 1980, pp. 61-66.

MUNRO, Dana Gardner, *The Latin American Republics. A History*, D. Appleton-Century Company, New York, 1942.

O’GORMAN, Edmundo, “Hegel y el moderno panamericanismo”, *Revista de la Universidad de La Habana*, 22, 1939; también en *Letras de México*, vol. II, 8, 15 de agosto de 1939, pp. 14-15.

\_\_\_\_\_, *Fundamentos de la historia de América*, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, México, 1942.

RIPPY, J. Fred, *Historical Evolution of Hispanic America*, F.S. Crofts, New York, 1936.

SALVATORE, Ricardo D., “Early American Visions of a Hemispheric Market for South America”, en Berndt OSTENDORF (ed.), *Transnational America. The Fading of Borders in the Western Hemisphere*, C. Winter Verlag, Heidelberg, 2002, pp. 45-64.

\_\_\_\_\_, “Imperial Revisionism: US Historians of Latin America and the Question of the Spanish Empire (ca. 1915-1945)”, *Journal of Transnational American Studies*, Vol. 5, 1, 2013, University of California, Santa Barbara.

[En línea: <https://escholarship.org/uc/item/30m769ph>

\_\_\_\_\_, “The Making of a Hemispheric Intellectual-Statesman: Leo S. Rowe in Argentina (1906-1919)”, *Journal of Transnational American Studies*, Vol. 2, 1, March 2010, University of California, Santa Barbara. [En línea: <http://escholarship.org/uc/item/92m7b409>

SIMPSON, Lesley Byrd, “Thirty Years of the Hispanic American Historical Review”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 29, 2, May 1949, pp. 188-204.

SWEET, William Warren, *A History of Latin America*, The Abingdon Press, New York, 1919.

TULCHIN, Joseph, "When Diplomats Become Historians", *Reviews in American History*, Vol. 3, 2, 1975, The John Hopkins University Press, pp. 241-248.

WEBER, David J., "Turner, the Boltonians, and the Borderlands", *American Historical Review*, vol. 91, Issue 1, February 1986, pp. 66-81.

WHITAKER, Arthur P., "Developments of the Past Decade in the Writing of *Latin American History*", *Revista de Historia de América*, 29, Junio 1950, pp. 123-133, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

WILGUS, Alva Curtis, *History and Historians of Hispanic America*, Routledge, The Inter-American Bibliographical and Library Association, Washington, D.C., 1936 (ed. electrónica, Routledge, 2012).

WILLIAMS, Mary W., *The Peoples and Politics of Latin America*, Ginn & Co., Boston and New York, 1938 (1ª ed. 1931).

WRONG, Dennis H., "The United States in Comparative Perspective. Marx Lerner's 'America as a Civilization'", *American Journal of Sociology*, Vol. 65, 5, Mar. 1960, pp. 499-504.

ZAVALA, Silvio, "International Collaboration in the History of America", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 1, 3, March 1959, pp. 284-288.

\_\_\_\_\_, *Programa de Historia de América en la Época Colonial*, Traducción de Antonio Alatorre, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 104, México, 1961.

\_\_\_\_\_, *The Colonial Period in the History of the New World*, Abridgement in English by Max Savelle, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 102, México, 1962.